

on la gratitud de español
adecido, por vuestra labor his-
ca y con la fraternidad de un
anol a un filipino:

le lleva hasta la Peña Hispa-
filipina el influjo que en mi co-
ón dejaron las palabras cálidas
ias de amor, que un compatrio-
vuestro, y nuestro por hispano,
zara hace unos días al éter por

ondas de la Radio Nacional de
paña, y que llegaran a los hog-
españoles para ser recibidas con
or, en éstos, en esa hora del
diodia en que tantos problemas
miliare se debaten en torno a

mesa, como tradicional costum-
e española. Mas callaron de re-
nte las voces que hablaban en
rno a la mesa, ¡Filipinas, la hi-
predilecta y más querida por

llarse más lejana, estaba hablan-
! Y a todos los corazones es-
ñoles, que aquella hora estaban
cuchando la radio, les llegaba la

z de aquel filipino que les habla-
de la necesidad de mantener el
strellano, y de los muchos obstá-
dos que surgían para la defensa

de la ley del Presidente. Quirino
e fortalece la permanencia del
oma Cervantino en suelo filipino;

ustificando con ello a tantos fi-
pinos que sentían el deseo de po-
er saber el idioma de sus antece-
ares. Para ello iban y van los fili-
ros de las provincias hasta la be-
a capital de Manila.—nos seguía

iciendo la voz filipina, que estaba
ablando para todas las emisoras
acionales y por consiguiente para
oda la nación—El beneficio en

avor de los filipinos prestado por
odas las organizaciones privadas
ispanicas era inmenso.

Antes que el hermano filipino
quien estaba escuchando hablara
—como a continuación lo haría—
de la Peña Hispano-filipina cuya

campaña prohispanica ya conocia
por recibir, por innecesaria aten-
ción de Don Bienvenido de la Paz—a

quien quiero transmitir la reitera-
ción de mi gratitud—"La Voz de
Manila", ya pensé yo en vuestra
organización cuyo nombre mencio-
né, así como los de otros muchos

"Compeadores Hispánicos", —y
nunca mejor empleado el calificati-
vo,—, cuyos apellidos no es neces-
ario decir, para quienes ya les cono-
cemos aunque no sea más que como

este modesto servidor a través de
las columnas de un periódico. Pero
un periódico en castellano y diri-
gido por Don Bienvenido de la Paz.

Las palabras de aquel filipino,
del cual ignoro su nombre, pero
cuyas palabras recordaré siempre
decían primero de su misión en

España en busca de maestros por la
necesidad de estos Apóstoles en la
patria de Rizal, para la enseñanza
del castellano. Más tarde dirigió
una llamada a todos los españoles
para que, según su alcance aporta-
ran su grande, mediana o pequeña
cooperación en la batalla pro-idi-
oma español en la más joven de las
hijas de España: Filipinas.

Y ante esta llamada de un fili-
pino a todos los españoles, todos és-
tos en uso de su razón y conscien-
tes de sí, sintieron ensancharse sus
corazones y palpar con más in-
tensidad ante el júbilo de aportar

algo a la revalorización del idioma
que sus antepasados llevaron a
aquellas islas que España conquis-
tara, evangelizara y bautizara con
el nombre de uno de sus más gran-
des reyes.

Y con la idea de aportar un li-
bro, una revista, etc., que nada
representa aisladamente y tanto
puede ser en conjunto, yo me diri-
jo a ese núcleo fil-hispano para

comenzar la cooperación con la un-
dad y ésta con el contacto, con-
tacto material, pues espiritualmen-
te ya estamos en contacto, y bien
puede comenzar ese contacto por

el conocimiento de la Peña Hispano-
filipina en la Hermandad de
Campeadores Hispánicos y de é-
sta organización en aquella.

¿Qué es la Hermandad de Cam-
peadores Hispánicos? Trataré de
explicarlo. Es una organización
popular hispánica con la finalidad

de acercar entre sí a los pueblos
hispanos, colaborando con la apa-
rtación moral y cultural, comunica-
tiva de contacto que ahora se po-
dría lograr entre la Peña Hispano-
filipina y la Hermandad de Cam-
peadores Hispánicos, para bien de

ambas.

La H. C. H. es una organiza-
ción independiente, popular y ju-
venil; llevada, no de la mano, pero
sí del corazón de un hombre inte-
gro hispano, Don Rafael Gil Ser-
rano, maestro nacional hispano.

Nacional hispano; todo lo hispano
por nacional y toda la Hispanidad
por nación. Cuanto dice ya esta
en favor de D. Rafael Gil Serrano.

¡Y es maestro! Ahora que se pi-
den profesores de español en Fili-
pinas, cuánto podrían representar
el corazón, la voluntad y el ejem-

plu de este hombre en vuestra Re-
pública de Filipinas.

Esperando vuestra contestación
que ponga en relaciones a la P. H.
y a la H. C. H. me despido con un
hasta siempre.

(Firmado:)

Antonio Pérez Aldehuela
c/ Alvarado No 19 Madrid.
España

¡Temed el juicio del Eterno!

A los que padecen tristeza del
bien ajeno y los presuntuosos, con
toda caridad.

El tipo de la humana especie más execrable y ruín en este
mundo lo forman esos entes miserables, enfermos de la asque-
rosa lepra moral conocida por tristeza del bien ajeno.

Estos seres anormales y absurdos constituyen esa calaña
de infames desposeídos de todo sentimiento noble y honrado,
los viles y cobardes que, en su rabia impotente por sentirse ir-
capaces de verse en el nivel de éxito que alcanzan por medios
honrosos y por su noble esfuerzo aquellos a quienes aborrecen,
impelidos por su instinto satánico y salvaje, apelan al torpe
recurso que dicta su baja animalidad, ya recurriendo al anónimo,
arma y escudo favorito de tales espíritus entecos y rastreros; o
bien tirando la piedra y escondiendo la mano. Son los capaces
de asestar una puñalada por la espalda, cuando menos se piensa.

La presuntuosidad o el orgullo es otra enfermedad moral
no menos condenable que la envidia. Los presuntuosos son unos
tipos que se creen poseídos de superioridad en bienes materiales,
físicos o intelectuales, y que miran, por eso, con olímpico desdén
a sus semejantes.

Es el primer pecado capital de los siete que señala la Doc-
trina Cristiana; el pecado de Luzbel, el ángel soberbio que se
reveló contra Dios y que fué precipitado a los abismos eternos.

Los que padecen de este mal del espíritu, de la presuntuosi-
dad o el orgullo, pertenecen igualmente al grupo de seres anor-
males e incompletos. Porque la envidia y el orgullo no tienen
cabida en una cabeza bien sentada, en un corazón depurado de
vil escoria.

Empavonados, muy pagados de sí mismos, con la frente
erguida, los presuntuosos suelen mirar con desprecio soberano
y compasiva ironía a los que creen que son inferiores a ellos.

En América, ese país inmenso que se halla actualmente en
el zenith de su grandeza material y espiritual, son casi descono-
cidos la envidia y el orgullo. Contra los presuntuosos ni siquie-
ra protestan los americanos: los ignoran, sencillamente, casti-
gándolos con el castigo del aislamiento.

Infelices transgresores de la Ley Divina: Que Dios os ilu-
mine, regenere y perdone. Recordad la regla de oro de Jesu-
cristo: AMA A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. Practicad
la ley del amor y de la caridad. Evitad la murmuración y la
maledicencia. La caridad, reina de las virtudes, ni siquiera sos-
pecha, según San Pablo. Los murmuradores, según este Após-
tol de las gentes, los que tienen mala lengua, la lengua viperina
de la calumnia, no poseerán el reino de los cielos.

Y vosotros, los presuntuosos y soberbios, que cometeis el de-
lito nefando de Satán, recordad asimismo que los soberbios y
altivos son humillados a la larga; que la humildad vence el cielo,
como bien dijo Sta. Teresa de Jesús, y que los mansos y humil-
des de corazón serán bienaventurados, como aseguró Jesucristo
en el Sermón de la Montaña, porque verán y poseerán a Dios.

¡Temed, oh envidiosos y presuntuosos, el juicio del Eterno,
el fuego de la Eternidad!—

Un Legionario de María.

Los antiguos no sospechaban la
existencia del vapor de agua. Sus
efectos los atribuían al aire y cre-
ían que el agua tenía la propiedad
de transformarse en aire.

No busques amigos ni en una
clase superior ni en una inferior
a la tuya.

la gratitud de español
hecho, por vuestra labor his-
pa y con la fraternidad de un
ot a un filipino:

lleva hasta la Peña Hispano-
filipina el influjo que en mi co-
dejaron las palabras cálidas
de amor, que un compatrio-
uestro, y nuestro por hispano,
ara hace unos días al éter por
ondas de la Radio Nacional de
ña, y que llegaran a los hoga-
españoles para ser recibidas con
r, en éstos, en esa hora del
odia en que tantos problemas
iliares se debaten en torno a
nosa, como tradicional costum-
española. Mas callaron de re-
las voces que hablaban en
o a la mesa, ¡Filipinas, la hi-
predilecta y más querida por
arse más lejana, estaba hablan-
Y a todos los corazones es-
oles, que aquella hora estaban
chando la radio, les llegaba la
de aquel filipino que les habla-
de la necesidad de mantener el
ellano, y de los muchos obstá-
que surgían para la defensa
la ley del Presidente Quirino
fortalece la permanencia del
ma Cervantino en suelo filipino;
ificando con ello a tantos fi-
nos que sentían el deseo de po-
saber el idioma de sus antece-
es. Para ello iban y van los fili-
os de las provincias hasta la be-
capital de Manila.—nos seguía
iendo la voz filipina, que estaba
blando para todas las emisoras
sionales y por consiguiente para
a la nación—El beneficio en
or de los filipinos prestado por
las las organizaciones privadas
pánicas era inmenso.

Antes que el hermano filipino
quien estaba escuchando hablara
como a continuación lo haría—
la Peña Hispano-filipina cuya
mpaña prohispanica ya conocia
recibir, por inmerecida atención.
Don Bienvenido de la Paz—a
len quiero transmitir la reitera-
de mi gratitud—"La Voz de
anila", ya pensé yo en vuestra
ganización cuyo nombre mencio-
así como los de otros muchos
ompeadores Hispánicos", —y
inea mejor empleado el calificati-
—, cuyos apellidos no es neces-
decir, para quienes ya les cono-
mos aunque no sea más que como
te modesto servidor a través de
s columnas de un periódico. Pero
periódico en castellano y diri-
do por Don Bienvenido de la Paz.

Las palabras de aquel filipino,
del cual ignoro su nombre, pero
cuyas palabras recordaré siempre
decían primero de su misión en
España en busca de maestros por la
necesidad de estos Apóstoles en la
patria de Rizal, para la enseñanza
del castellano. Más tarde dirigió
una llamada a todos los españoles
para que, según su alcance aporta-
ran su grande, mediana o pequeña
cooperación en la batalla pro-idi-
ma español en la más joven de las
hijas de España: Filipinas.

Y ante esta llamada de un fili-
pino a todos los españoles, todos és-
tos en uso de su razón y conscien-
tes de sí, sintieron ensancharse sus
corazones y palpar con más in-
tensidad ante el júbilo de aportar
algo a la revalorización del idioma
que sus antepesados llevaron a
aquellas islas que España conqui-
stara, evangelizara y bautizara con
el nombre de uno de sus más gran-
des reyes.

Y con la idea de aportar un li-
bro, una revista, etc., que nada
representa aisladamente y tanto
puede ser en conjunto, yo me diri-
jo a ese núcleo fil-hispano para
comenzar la cooperación con la uni-
dad y ésta con el contacto, con-
tacto material, pues espiritualmente
ya estamos en contacto, y bien
puede comenzar ese contacto por
el conocimiento de la Peña Hispano-
filipina en la Hermandad de
Campeadores Hispánicos y de és-
ta organización en aquella.

¿Qué es la Hermandad de Cam-
peadores Hispánicos? Trataré de
explicarlo. Es una organización
popular hispánica con la finalidad
de acercar entre sí a los pueblos
hispanos, colaborando con la apo-
tación moral y cultural, comunica-
tiva de contacto que ahora se po-
dría lograr entre la Peña Hispano-
filipina y la Hermandad de Cam-
peadores Hispánicos, para bien de
ambas.

La H. C. H. es una organiza-
ción independiente, popular y ju-
venil; llevada, no de la mano, pero
sí del corazón de un hombre ínte-
gro hispano, Don Rafael Gil Ser-
rrano, maestro nacional hispano.
Nacional hispano; todo lo hispano
por nacional y toda la Hispanidad
por nación. Cuanto dice ya esta
en favor de D. Rafael Gil Serrano.

¡Y es maestro! Ahora que se pi-
den profesores de español en Fili-
pinas, cuánto podrían representar
el corazón, la voluntad y el ejem-

A los que padecen tristeza del
bien ajeno y los presuntuosos, con
toda caridad.

El tipo de la humana especie más execrable y ruín en este
mundo lo forman esos entes miserables, enfermos de la asque-
rosa lepra moral conocida por tristeza del bien ajeno.

Estos seres anormales y absurdos constituyen esa calaña
de infames desposeídos de todo sentimiento noble y honrado,
los viles y cobardes que, en su rabia impotente por sentirse ir-
capaces de verse en el nivel de éxito que alcanzan por medios
honrosos y por su noble esfuerzo aquellos a quienes aborrecen,
impelidos por su instinto satánico y salvaje, apelan al torpe
recurso que dicta su baja animalidad, ya recurriendo al anónimo,
arma y escudo favorito de tales espíritus entecos y rastreros, o
bien tirando la piedra y escondiendo la mano. Son los capaces
de asestar una puñalada por la espalda, cuando menos se piensa.

La presuntuosidad o el orgullo es otra enfermedad moral
no menos condenable que la envidia. Los presuntuosos son unos
tipos que se creen poseídos de superioridad en bienes materiales,
físicos o intelectuales, y que miran, por eso, con olímpico desdén
a sus semejantes.

Es el primer pecado capital de los siete que señala la Doc-
trina Cristiana; el pecado de Luzbel, el ángel soberbio que se
reveló contra Dios y que fué precipitado a los abismos eternos.

Los que padecen de este mal del espíritu, de la presuntuosi-
dad o el orgullo, pertenecen igualmente al grupo de seres anor-
males e incompletos. Porque la envidia y el orgullo no tienen
cabida en una cabeza bien sentada, en un corazón depurado de
vil escoria.

Empavonados, muy pagados de sí mismos, con la frente
erguida, los presuntuosos suelen mirar con desprecio soberano
y compasiva ironía a los que creen que son inferiores a ellos.

En América, ese país inmenso que se halla actualmente en
el zenith de su grandeza material y espiritual, son casi descono-
cidos la envidia y el orgullo. Contra los presuntuosos ni siquie-
ra protestan los americanos: los ignoran, sencillamente, casti-
gándolos con el castigo del aislamiento.

Infelices transgresores de la Ley Divina: Que Dios os ilu-
mine, regenere y perdone. Recordad la regla de oro de Jesu-
cristo: AMA A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. Practicad
la ley del amor y de la caridad. Evitad la murmuración y la
maledicencia. La caridad, reina de las virtudes, ni siquiera sos-
pecha, según San Pablo. Los murmuradores, según este Após-
tol de las gentes, los que tienen mala lengua, la lengua viperina
de la calumnia, no poseerán el reino de los cielos.

Y vosotros, los presuntuosos y soberbios, que cometeis el de-
lito nefando de Satán, recordad asimismo que los soberbios y
altivos son humillados a la larga; que la humildad vence el cielo,
como bien dijo Sta. Teresa de Jesús, y que los mansos y humil-
des de corazón serán bienaventurados, como aseguró Jesucristo
en el Sermón de la Montaña, porque verán y poseerán a Dios.

¡Temed, oh envidiosos y presuntuosos, el juicio del Eterno,
el fuego de la Eternidad!—

Un Legionario de María.

plo de este hombre en vuestra Re-
pública de Filipinas.

Esperando vuestra contestación
que ponga en relaciones a la P. H.
y a la H. C. H. me despido con un
hasta siempre.

(Firmado;)

Antonio Pérez Aldehuela
c/ Alvarado No 19 Madrid.
España

Los antiguos no sospechaban la
existencia del vapor de agua. Sus
efectos los atribuían al aire y cre-
ían que el agua tenía la propiedad
de transformarse en aire.

—) (—

No busques amigos ni en una
clase superior ni en una inferior
a la tuya.